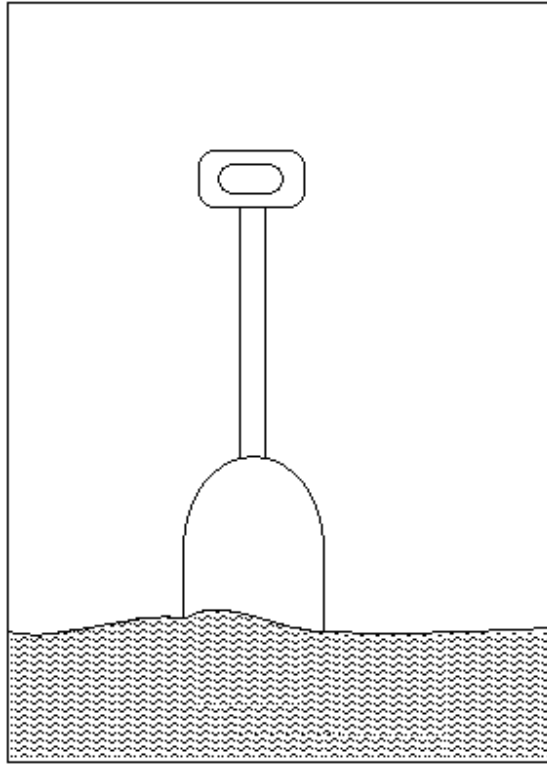


La yacija

Teatro



Zamacuco

El siglo XXI

La yacija
(Monólogo)

Personaje

Hombre: Joven de aproximadamente veinte y siete años, entrado en carnes, ojos bondadosos, blanco, extremadamente blanco, lampiño. Usa un delantal morado.

Acto único

En el escenario se ve tan solo una pala, semi enterrada entre un montón de escombros, basura y lodo pegajoso. Probablemente alguien estaba cavando una tumba. Detrás de esto, a manera de fondo, pesadas cortinas negras.

Hombre.- A, e, i, o, u. ¡Murciélago! Las vocales están completas. Las puedo pronunciar nítidamente, las identifico. B, c, d, f, g, h, j, k, l, m, n, ñ, p, q, r, s, t, v, w, x, y, z. Las consonantes están completas. Puedo formular todas las palabras que se me antoje: Cáliz y espada, surco y semilla, alud y abismo, tigre y caverna, cuenca y manantial, puñal y herida... Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho, nueve, cero. Los números están completos. Con ellos puedo formar millones de combinaciones, variaciones y permutaciones... poseo en mí todos los números reales, todos los números imaginarios... Mi cerebro es una veloz calculadora... ¿Mi cerebro, digo? ¿No fue eso lo que primero se pudrió? Entonces debería decir mi espíritu incorruptible... A, e, i, o, u... Aún puedo pensar, hablar conmigo mismo... El barco no ha pitado aún... Siempre me aterra el sonido sordo, hueco de esa bocina... ¡Ooooh! ¡Ooooh! ¡Ooooh..! Si me hubieran dicho que esto es la muerte no lo hubiera creído... Soledad y penumbra... Y la oscuridad que va tragándolo todo... Primero desaparecieron las flores, devoradas por la densa oscuridad; después los árboles, luego los mausoleos y los túmulos... La oscuridad avanza a pasos agigantados... Pero no me podrán arrebatarse fácilmente las constantes físicas: pi: 3,1415926... e: 2,71828182... Son mis únicos tesoros... ¿Es esta la ansiada paz que reina sobre los sepulcros? Si por lo menos alguien caritativo trajera flores... Entonces pudiera recordar las flores, pero jamás traen flores. Ya no me acuerdo de sus formas, de sus texturas, de sus aromas, de sus colores colores... Ni siquiera limpian este olvidado cementerio. Estoy rodeado de lodo y basura pestilente. ¿Quién me iba a traer flores? ¿Acaso algún extraviado caminante..? Jamás me casé ni tuve hijos... No hay mal que por bien no venga... ¿O me casé y tuve hijos, nietos y bisnietos? ¿Me enamoré? ¿Se enamoraron de mi..? Estos son los primeros detalles que se borraron en mi memoria... Hablar, hablaba bien. De eso estoy seguro. Soy todavía coherente... Eso se aprende rápido. Solo había que imitar cómo pronunciaban las erres y las eses y las jotas las personas refinadas... Hasta creo que utilizaba palabras rebuscadas cuando estaba vivo y coleando. Vivo y coleando... Me encantaban las palabras rebuscadas: alarife, levantisco, cópula. ¡Me daban caché! Cuando aprendí a decir patatas, en lugar de papas, fue grandioso. Desde allí en adelante solo decía patatas. Eso era refinado, eso era de buen gusto. Los tres varones fuimos a la universidad. Hablábamos hasta por los codos a la hora del almuerzo... Los tres varones nos casamos. Ahora, de pronto, se ha hecho una luz en mi interior y lo confirmo. Yo, yo también me casé. Primero fue Renato, después Ramón y más tarde, muuucho más tarde, yo. Pensé que yo jamás me iba a casar... Nos casamos con tres muchachas flacas. Estaba de moda ser flaco, pero yo era gordito... Yo no sé por qué razón pienso en mis hermanos... solamente en ellos... En mi padre, en mi madre y en mis hermanos: Renato, Ramón y Carlos... Un momento: ¿Era yo Renato, Ramón o Carlos? ¡Qué confusión de ideas! A veces resulta desesperante... Puedo salir de este hueco y caminar por el borde a la luz de la luna. Voy hacia la derecha o hacia la izquierda, según me venga en gana. Puedo entrar y salir de esta yacija las veces que me da la gana.. Este es mi sepulcro... No existe una lápida grabada en mármol con mi nombre y esto me causa problemas. No me acuerdo cuál es mi verdadero nombre... Más allá... la oscuridad es total... Allí reina la nada... Los tres varones hablamos algún día sobre los agujeros negros. Que los agujeros negros así, que los agujeros negros asá... ¿No habré caído yo también

en un agujero negro..? Al señor Dios jamás le he visto por aquí. Jamás. Ni le conozco. Tampoco ha venido a visitarme algún demonio. Ni Dios ni el diablo, ni ángeles ni arcángeles, ni querubines, ni serafines... Y eso que decían que cuando uno muere va directo al cielo, al infierno o al purgatorio... Jesús... y cómo nos aterraban con eso... cómo nos tenían éticos con la cantaleta de la otra vida... Los recuerdos, sí... Eso es lo único que nos queda... Pero hasta eso va borrándose con el pasar del tiempo.... ¿Y cuánto dura un cadáver en su tumba... hasta convertirse en polvo? ¿Veinte años? ¿Cincuenta años? Creo que se me está rayando el mate. ¿Pueden rayarse los espíritus? Cuando se rayaban los discos se volvían repetitivos... Siempre el mismo sonsonete... Yo estoy rayándome: que sí, que la vida, que sí la muerte... Nadie ha venido a verme... Ni mi madre, ni mis hermanos, ni mi mujer, ni mis hijos, ni mis nietos... si acaso los ruve... Doña Rosaura era mi madre. ¿No debieran las madres o el espíritu de las madres, visitar a sus hijos muertos? ¿Qué mandamiento es ese? ¿Cómo eran los diez mandamientos? Eso si aprendí de memoria en el catecismo, cuando era todavía un niño, sin uso de razón... ¿Entonces por qué no puedo repetir los diez mandamientos..? Una gran matrona era mi madre... Ella y sus amigas. Ella y sus gallinas decía yo... Cómo se reían mi mujer y mis cuñadas cuando yo les llamaba gallinas a mi madre y a sus amigas... Ninguna de las nueras le podía ver ni en pintura ni en dorado... Tampoco nosotros, sus hijos varones éramos cariñosos... casi nunca íbamos a verle... casi nunca le llamábamos al teléfono... Mi pobre madre se pasaba las horas en el aburrimiento total, en la inercia total. Inercia: esa sí que es una gran palabra. Cada vez que decía inercia se me llenaba de agua la boca y masticaba la palabra con elegancia... Qué bien me sentía cuando alguna de las gallinas me preguntaba sobre mi madre y yo le contestaba: está en la inercia total... una mano sobre la otra... En realidad ese parecía ser su estado natural. Ni siquiera ayudaba en la cocina a escurrir el agua de las patatas y el muchacho del servicio atareado, con el arroz que estaba a punto de quemarse. Ella no quería arruinarse las manos. Las gallinas venían a almorzar y ella tenía que estar elegante... Pero tampoco quería contestar el teléfono y eso nada tiene que ver con la pintura de las uñas. Nadie se arruina las manos por contesta el teléfono... Mi madre y sus gallinas... Todas ellas viudas... todas ellas beatas... carcomidas por sus propios recuerdos... muertas en vida... Y ahora muerto yo también. ¿Quién murió primero? ¿Ella? ¿Yo? ¿Mis hermanos..? ¡Oh... mi cabeza! ¿Dónde tengo la cabeza..? Es difícil pensar. Cada vez me resulta más incómodo. Al comienzo era fácil. Coordinaba bien las ideas: en forma ordenada, una detrás de la otra, como debe ser. Ahora la pereza va invadiéndome... Como van las cosas es probable que yo también llegue a la inercia absoluta... Y mi madre siempre estornudando y tirándose pedos allí en la cocina... y ella no era una vieja chocha... bien podía aguantarse... o ir a despresurizarse en el baño... Despresurizarse: otra palabra genial... Una de las gringas del intercambio me enseñó el significado de esa palabra... Las gringas llegaban en avión, desde los Estados Unidos... para estudiar sociología o antropología... Qué pánico tuvo la gringa cuando se despresurizó la cabina del avión y cayeron las máscaras de oxígeno... Estaba aterrada... Francamente yo pensaba que el otro mundo nos tendría reservado algo mejor... ¿Es esto lo que estaba dispuesto para mí desde el comienzo de los tiempos? Aquí había un mausoleo, algunos túmulos, cientos de cruces blancas, el portón con su verja de hierro grueso, los árboles que se elevaban hacia el cielo: todo ha sido devorado por la oscuridad. ¿Qué es lo que me queda, aparte de mis lóbregos pensamientos? ¿Tengo algo físico a lo cual pueda aferrarme aún..? Sí: una pala y tooda la tierra que yo desee. La tierra con sus gusanos, con sus escarabajos y sus larvas. La tierra con sus nidos de hormigas negras, desfilando en hilitos interminables por las paredes de la fosa... Arriba, un poco de luz, pero solo por las noches,

cuando sale la luna. A veces llueve a torrentes. Se me pudren los huesos... Esta es una pala sólida: metal y madera. ¿Eran los barcos contruidos de metal y de madera? ¿Qué sé yo? ¿Importa eso ahora? Hubiera podido ser un buen cocinero: cocinero de barcos. ¿Qué menú se sirve en un barco? ¿Qué le gusta al capitán? ¿Qué van a servirse los señores turistas? Las ostras, las almejas, los calamares, los camarones y sobre todo la trucha ahumada. Eso es... ¿Y por qué razón no ha pitado el barco en esta noche..? Ya extraño esa sorda voz que me llama: ¡Oooh! ¡Oooh! ¡Oooh! Ese barco fantasma no precisa de mares ni de océanos. Solamente llega y se va... Llega y se va... Duermo de día y sueño por las noches. El tiempo pasa y he perdido la cuenta de las horas, los minutos y los segundos. Voy a decidirme un día de estos. Tengo que decidirme: tomo el barco y acepto el puesto de cocinero que me ofrece el capitán... o me voy al infierno. Sí, me voy literalmente al infierno. Agarro esta pala y empiezo a cavar, a cavar profundo, a cavar siempre hacia dentro, así me tome toda la eternidad. A lo mejor llego al infierno. Quizá encuentro el fuego eterno y me quemo hasta convertirme en pavesa... Hay que hacer algo. Lo importante es aferrarse a alguna idea. Pero cómo saber cual es el camino correcto... El tiempo apremia... Ya no son tan nítidos los recuerdos. Van borrándose, van haciéndose transparentes y sucios, como las viejas fotografías. Debe ser por el efecto de las lluvias. Cae el agua con tanta fuerza, con tanta incontinencia que inunda esta fosa. El frío cala hasta los huesos. Cuando murió mi padre le enterramos en el cementerio del Batán, en un pabellón blanco, lleno de nichos con lápidas grabadas en mármol... Antes de morir, se le desorbitaron los ojos. Los ojos le salían de las cuencas. Daba miedo verle. El un ojo parecía mirar hacia un lado, de forma caprichosa y perversa. Se acabó... Él no fue malo conmigo. Me trató con justicia. “Quiero que seas ingeniero, hijo” –Así me dijo y me llevó él mismo a la universidad. Igual que hizo con el sirviente que trajo de Ibarra: Le trajo a nuestra casa, le puso un delantal morado y le dijo: “Ayuda a la patrona”. Lo primero que aprendió fue a lavar los platos. Cerros de platos. Agua y jabón. “Así no, muchacho” le decía mi madre y le jalaba de los pelos. “Estás regando el agua por todo el piso”. Al sirviente le trajeron desde Ibarra. De la hacienda, del cerro... Cuando murió mi padre, mi madre se dedicó a rezar y a visitar a sus amigas. Madrugaba a las seis de la mañana para ir a la iglesia. A las siete y media regresaba para desayunar. A veces sonaba el teléfono y el sirviente tenía que correr y contestar en seguida. Ella se obstinaba en no levantar el teléfono. Siempre estaba peleando con las nueras. Se hacía negar. Mi padre murió de cáncer a los huesos. Era un hombre fuerte y vigoroso, quedó hecho papilla... Le llevamos al hospital, le hicieron las quimioterapias. Va a quedar bien, le decían los médicos. A veces como que se recuperaba y salía al sol. La muerte le sobrevino de un día para otro. Después el velorio, la misa de réquiem y el entierro... ¿Y yo? ¿De qué morí? ¿Yo también tuve cáncer? ¿Cómo fue mi muerte? ¿Fue violenta? ¿Dos disparos con un arma de nueve milímetros..? ¿Por qué he olvidado los últimos instantes de mi vida? ¿No deberían ser importantes para mí esos recuerdos? Hay un vacío insalvable... que no logro llenar... Desde que me trajeron acá y me lanzaron en este hueco no he vuelto a ver el sol. ¿Cómo era el sol? ¿Amarillo? ¿Verde? ¿Violeta? ¿Y de qué color eran mis ojos? Llegaban las gringas del intercambio y mi madre iba al aeropuerto, a recibirlas. Había tres habitaciones desocupadas. Mi padre había muerto y mis hermanos estaban ya casados con las flacas... Allí, en esas habitaciones se hospedaban las gringas. Tocaba cocinar para toda la flota: para mi madre, para las gallinas y para las gringas. El muchacho de servicio pelaba las patatas, picaba las cebollas, desgranaba los choclos... Una gringa me regaló un celular... Cuando terminaba el programa las muchachas dejaban allí las cosas que no les entraba en las maletas: los grandes diccionarios español-inglés, las novelas, los apuntes de clase... Pude

haber aprendido inglés... No era difícil: *Good morning... How are you... Give me a kiss, my love...* Pude haber sido chef en un barco... Pude haberme embarcado en alguna de esas tinas que zarpan hacia Europa, pero mi padre dijo que tenía que convertirme en ingeniero físico... Todos esos eran buenos proyectos... buenas ideas... ahora casi no tengo planes, ni siquiera malas ideas. Paso aquí como un estúpido. Me recuesto sobre la tierra o me paro sobre esta tumba vacía, que ya no alcanza a contenerme. Estoy cada vez más transparente. Me gustaría tener un espejo para verme la cara. He perdido el recuerdo de mi rostro. ¿Cómo eran mis ojos, mi nariz, mi boca, mis orejas? ¿Tenía el pelo lacio o ensortijado? ¿Era rubio o negro mi cabello? ¿Tuve barba? Debo haber sido guapo, porque algunas gringas del intercambio me llamaban y me metían a sus camas. Bueno, eso ocurrió un par de veces. Cuando mi madre se percató puso el grito en el cielo... “¡Cochino!” –me gritó. Todo iba bien hasta que ella, rebuscando en los bolsillos de mi pantalón, sacó la billetera y encontró esos preservativos... De todo me dijo: hasta de lo que yo me iba a morir. ¿Y de qué mismo iba yo a morirme? ¡Jesús! Estuvo insultándome toda la tarde... que si esto... que si lo otro... que yo era un sinvergüenza, que no había respetado su casa... Y esa voz chillona... como la de un pavo con carraspera... *tuc, tuc, tuc... tuc, tuc, tuc...* Entonces le dije que yo me largaba de allí... que había irrespetado la casa de mis padres y me tenía que largar... Se quedó callada y se fue a su recámara... Al otro día, como si nada. Pidió café con leche, tostadas con mantequilla y dos huevos tibios... ¿Por qué no me habrán amortajado como a todos los muertos? Debe haber sido idea de mi madre. Estaba algo desquiciada la pobre... Me confundía a veces con el muchacho del servicio. Debe haber ordenado: “Entiérrenle con el delantal. No faltaba más. ¿Y Ahora quién va a cocinar para mí? Pobrecita de mí”. Es como si la estuviera oyendo. Aquí, en este mismo hueco hago todas mis necesidades. Vomito, orino, defeco, me sueno los mocos, me masturbo. Después me limpio con tierra. Hay tierra para rato. Montones de tierra. Eso es todo lo que existe en el Universo: tierra húmeda y pegajosa. Lo peor de todo es la ignorancia. Ni siquiera sé cuál es el nombre de este cementerio. Había en Quito una gran cantidad de cementerios: San Diego, en el centro; El Batán, donde le enterramos a mi padre; Monte Olivo, el más caro, el más *chic*: cementerio de ricos: allí le enterraron a la tía Rosita; El Tejar, cementerio antiguo. ¿Y a mí, dónde me pusieron? Ni siquiera un vecino... una vecina con quien conversar... Me habría gustado que me entierren en El Batán, para estar cerca de mi padre. Es raro... solamente me acuerdo lo que me contaron del muchacho, del sirviente que se crió con nosotros... Contaban cosas de él, a las visitas. Yo les escuchaba atento: “¿El Rosendo? Desde la hacienda le trajimos, desde el cerro. Pobrecito... La mamá nos dio, cuando él era todavía chiquito. Con nosotros se crió, como si fuera de la familia... Le regalaron, sí, le regalaron porque no tenían con qué mantenerle... Sin embargo, él va todas las navidades a visitar a sus familias. Lo que gana se gasta en regalos. Va cargado de cosas, como una mula. Les lleva caramelos, ropita, discos. Es un muchacho generoso. Les quiere como si se hubiera criado en el cerro, con ellos. No, no, a la escuela no le mandamos. Mal que mal lee. Mal que mal dibuja su nombre. Pero eso sí... es un filático. Si usted le oye hablar, le compra... Arregla la casa, limpia el polvo, pasa la aspiradora, cocina, lava los platos, le mandamos a veces al mercado... Eso es lo que hace el guambra”... A penas si logro ver mis dedos... Se están borrando... Están desliéndose... Y mis manos se han vuelto transparentes... Cuando la gringa le regaló el delantal blanco, Rosendo el sirviente bajó orgulloso por las gradas hasta la cocina... “No, no, no”. –Le dijo mi madre– “Eso no te pones. Anda y colócate el delantal morado. Eso es tuyo. Blanco no...” Y todas las gallinas, que habían venido para el cumpleaños se pusieron a reír como locas.

Suena el pitazo de un barco.

Hombre.- ¡Es el barco! Tengo que tomar una decisión.... A, e, i, o, u. ¡Murciélago! Las vocales están completas. Las puedo pronunciar nítidamente, las identifico. B, c, d, f, g, h, j, k, l, m, n, ñ, p, q, r, s, t, v, w, x, y, z. Las consonantes están completas. Puedo formular todas las palabras que se me antoje: Cáliz y espada, surco y semilla, alud y abismo, tigre y caverna, cuenca y manantial, puñal y herida...